

DE BUENAS LETRAS

Entonces

ARCADIO ORTEGA

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Entonces, a veces, pocas veces, quizás más ahora que nunca, cuando el silencio sosegado y silente, acaso sólo escucha el gemido entreabierto de los leños que arden; en este sinvivir de la llama rojiza que se expande y contrae, y se crece anhelante ante el mundo esparcido de pavesas perdidas, que fueron fuego ignoto de un pasado cercano que tuvo su turgencia, su esplendor consumado, aunque quedan rescolados que son fuente de vida, se acercan los recuerdos que fueron ilusiones, que quedaron presentes al cabo de los años, estadios incipientes de nirvanas enormes, donde el hombre creía alcanzar con un gesto aquellos verdes prados del edén prometido, y fueron muy tan sólo espejismo y desastre, pese a que a esta hora del recuerdo tangible, buscado y de imprevisto, parece se acercaran con esa luz penumbra que ofrece la certeza del tacto y la palabra, para que sea asequible revivir lo vivido, poder vivir en ello de nuevo en esplendores, y morir si es preciso consciente y entregado, como nueva aventura que ofrece la quimera de volver al abrazo, al sueño de tenerse, mien-

tras suena Chopin en un verso nocturno, se acuchilla la entraña en persuasión certera y un líquido acuoso se acrisola en corintios, regalando un sabor que casi sabe a Ella.

Entonces se pregunta, si el gesto del teléfono despertará la dicha de mirar eso ojos que fulgen y transmiten un resplandor hermoso, un instante furtivo que repite momentos que fueron tan gloriosos, aquellos que alcanzaban en apenas un gesto, la cúspide de amor más excelsa y profunda, hermanaba la dicha de dos cuerpos ansiosos, y no era necesario mancillar con palabras el instante preciso de comunión solemne, cuando todo era virgen y el futuro se asía en las pulpas de sueños que marcaban los lasos para unirse en la vida, antes de despejar el futuro y su lastre, para formar un sueño, sin pensar otra cosa que compartir la noche abrigando los cuerpos con el manto de estrellas en las noches perfecta del verano incipiente que recuerda la escena.

Entonces, ya consciente de que es posible verse, de que llega el encuentro real y propiciado, sin apenas esfuerzo, después de tan-

tos años de esperanza acunada, de sueños transitados viviendo los recuerdos de estampas repetidas que llevaban la estigma de poder diluirse, pero que mantuvieron lozanía y frescura, y en instantes buscados reverdecieron siempre con la luz luminosa que surge en la penumbra de un momento transido para iniciar el rumbo del amor presentido, del amor implorante, del amor de otro tiempo que es amor de futuro, y que atisba en latidos.

Entonces, cuando eso acaece fortuito, cuando vívese nítida la pasión de otro tiempo con los gestos abiertos, la sonrisa ofrecida, el brillo de los ojos y el semblante propicio para un encuentro afable, pese al temblor del alma; cuando falta tan sólo un toque de teléfono, un buscar sin esfuerzo el encuentro esperado; cuando todo es tan fácil, sin que urjan palabras ni exista cortapisa, entonces se acumula un borbotón de duda, un pensar que a esta hora, después de tantos años, puede que la persona no responda en su estampa al recuerdo abrigado, esté ajada su frente, mustio acaso el semblante, el brillo de los ojos mortecino o cansado, y una mueca amigable transmita sólo el labio.

Entonces, me retraigo sincero y consterñado sin aducir palabras, me refugio en la duda y surge la esperanza de volver a soñarla tal como aquella etapa que tanto representa en recuerdos tan dulces, y me vuelvo al silencio, al contemplar el fuego, y a escanciarme otra copa mientras Chopin insiste, y vuelvo a verla a Ella en los oros del vaso, con la sonrisa presta, la mirada ofrecida y un gesto de nostalgia feliz y compartido.